

de justicia. Tenía la desvergüenza de asumir una misión de paz y de protección á la propiedad, al mismo tiempo se abandonaban poblaciones enteras al saqueo, al incendio, á la matanza y al deshonor. ¡Cuán caro ha pagado después la Francia los inauditos crímenes de sus hijos, cuando postrada, envejecida, ha tenido que recibir la dura ley del vencedor! Véase la proclama de que hemos hecho mención:

“EL GENERAL DE CASTAGNY, en mando de la 1.ª División franco-mexicana, á los habitantes de Sinaloa:

MEXICANOS: he venido á Sinaloa en nombre del emperador Maximiliano, con el fin de restablecer en el departamento la paz y proteger las propiedades, así como libertaros de los malhechores que os oprimen en nombre de la libertad. Se han hecho esfuerzos con el fin de desnaturalizar el objeto de nuestra intervención.

Varios de entre vosotros os habeis desviado y equivocado respecto de nuestras intenciones, y por consiguiente respecto de los verdaderos intereses de vuestro país. Otros, por el contrario, salteadores por instinto ó profesión, sin convicciones y sin conciencia, procuran, so pretexto político, saciar sus feroces pasiones, llevando por todas partes la muerte y el pillaje.

“Distinguimos la diferencia que hay entre enemigos honrados y los bandidos sin fé ni ley, que violan su palabra; que plagian ó cuelgan á los ciudadanos indefensos, y que asesinan á sus prisioneros.

“Los primeros están en el error de buena fé. Que estos

vuelvan sobre sus pasos y encontrarán entre nosotros seguridad y el olvido de lo pasado.

Los segundos son salteadores, puestos fuera de la ley. Serán perseguidos hasta que ellos hayan recibido, como el asesino Rojas, el castigo que merecen. Pero, sabedlo bien, mexicanos, los que ayudan y favorecen á los malhechores, son tan culpables como ellos, y serán tratados de la misma manera. La hora de la justicia ha llegado, y un castigo riguroso pesa en este momento sobre el distrito de Cosalá. Que este ejemplo os haga pensar. . . . Comparad nuestra diferente manera de obrar. A unos daremos protección y á otros el codigno castigo. Éstais para escoger entre estas dos alternativas.

“Estamos tan dispuestos á usar de benevolencia hacia aquellos que se adhieran francamente al emperador elegido por la Nación mexicana, como resueltos á obrar con todo rigor contra aquellos que se obstinan en sostener á miserables, que usurpando el glorioso título de soldado, deshonoran con sus crímenes á México.

Cuartel general en Mazatlán, Febrero 10 de 1865.—
El general de división, *Dé Castagny.*”

Más tarde el cura de Concordia, agobiado por el inmenso infortunio de su pueblo, murió en el abatimiento y la tristeza. Las infelices familias de Concordia, sin patrimonio y sin hogar, se dispersaron por Copala, Mesillas, Pánuco y Mazatlán, abriendo en este último punto los nacionales una suscripción para aliviar en parte las miserias de aquellos extranjeros errantes en su misma patria.

Los franceses no quedaron satisfechos con aquella serie de atentados sin nombre, ó hicieron otra excursión por

el rumbo del Rosario. Al pasar por el Aguacaliente, prendieron fuego á la casa de la autoridad. Cuando llegaron al rancho del Zopilote, ordenaron que se reunieran todas las familias en la casa más grande, poniendo una guardia que las custodiara, hecho lo cual, procedieron á incendiar el caserío. En los momentos que aquello pasaba, el capitán que mandaba la guardia, dijo en tono de reserva á algunos hombres que se hallaban con las familias, que al volver su jefe los haría fusilar, y que si querían evadirse, se apresurasen antes de que él fuese relevado. Aquellos infelices, aguijoneados por las súplicas de las mujeres que los rodeaban, salieron huyendo por el monte; entonces el pérfido oficial entró con sus soldados, repitiéndose las violentas y salvajes escenas de Concordia.

La columna francesa continuó su marcha para el Rosario, á donde llegó y acampó á orillas del río. Después de dos días que permaneció allí, se dirigió á Matatán; de donde se retiró el coronel Gutierrez que lo ocupaba, hostilizando al enemigo cuanto le fué posible. Matatán fué reducido á cenizas, y al volver al Rosario, en donde permanecieron dos días más para regresar á Mazatlán, hicieron lo mismo con el rancho del Tamarindo. Después de esto se situaron destacamentos franceses en Concordia y Mesillas, en cuyos puntos levantaron fortificaciones, donde dejaron guarniciones pequeñas, que salían de cuando en cuando á ejecutar eso que en el moderno francés se llama *razzia*, y que puede traducirse por correría salvaje, propia solo de los comanches y del pueblo que ha tenido la pretensión de considerarse mucho tiempo al frente de la civilización del mundo."

Sobre el mismo acontecimiento de que habla en las líneas precedentes al *Ensayo Histórico*, se expresaba así el valiente periódico republicano de Cuiliacán, *El Cinco de Mayo* en su número correspondiente al diecisiete de mayo de 1866.

"La justicia, la gratitud y un sentimiento de respeto profundo hácia las almas nobles, donde quiera que las hallamos, mueve nuestra pluma para consignar aquí, como lo hacemos, una muestra de agradecimiento á un enemigo, es verdad, pero honrado y franco: á vos, C. Garnier, general de brigada, coronel entónces del 15^o de línea. (1.)

A este jefe fué á quien Castagny dió la comisión de expedicionar por los distritos ya dichos de Concordia é inmediaciones de Mazatlán, con orden terminante de incendiar todas aquellas localidades. Pero el coronel Garnier la desobedeció, diciendo á Castagny estas palabras: *La Francia ha puesto en mis manos este bastón y una espada, insignias de la autoridad y del guerrero, que en manera alguna debo de trocar por la tea de incendiario. Desobedezco, por tanto una orden que, á ser ejecutada por mi, echaría una mancha en mi carrera militar y una deshonra para la misma Francia.*

El general Garnier entró al servicio militar en la clase de soldado; pero su posición actual no le ha hecho olvidar que salió de la clase más humilde del pueblo: pidió á su gobierno retirarse de la campaña de México y concedido, regresó á Europa.

Castagny, indignado con semejante respuesta, manda arrestar á Garnier y nombró en su lugar al teniente coronel, Cotteret, oficial que entregado á la crapula, á la embriaguez, era tan aporósito para una comisión tan infame como la que se le confiaba.

Los primeros dias del mes de enero del año próximo pasado, la columna francesa, al mando de Cotteret, compuesta de algunas compañías del 62 de línea, otra de "Cazadores de Vincennes" y la caballería de "Cazadores de Africa," cuya denominación de esas tropas citamos para mengua y baldón de sus respectivas banderas, despues de haber cometido algunos asesinatos en el camino sobre gentes pacíficas, como los del punto de Malpica, inmediato á Concordia, en donde fueron ejecutadas quince personas no solamente sin forma de proceso, pero ni averiguación siquiera de si habían ó no pertenecido á las fuerzas republicanas, entran á dicha villa de Concordia, de donde los hombres pacíficos habían salido, á la aproximación de los franceses, en vista de los asesinatos que esos acababan de cometer en Malpica. Por consiguiente, cuando solo habían quedado las mujeres, los niños y los ancianos, ¡oh mengua! los soldados y oficiales de Napoleón, con sus cruces y demás relumbrones al pecho, y la mayor desvergüenza en la cara, se entregan al saqueo más escandaloso, cometiendo los demás excesos que deshonoran á la humanidad. Las señoras fueron registradas de una manera brusca hasta debajo de sus vestidos, de donde se les saca-

ban algunas monedas y las pocas alhajas que creían poder salvar: á otras se les ponía á tormentos, suspendiéndolas con un lazo, para obligarlas á que diesen dinero ó otros objetos de valor que tuvieran ocultos, tal como lo hicieron con la señora doña Concepción Valdéz.

Una vez despojadas las principales familias de cuanto tenían, siguieron los franceses con el incendio de la población, para lo cual amontonaban en el centro de la casa, como combustible, los muebles, imágenes y toda clase de objetos, por caros que fueran á las familias.

Estas, viendo desaparecer entre las llamas sus casas, se dirijieron á dos edificios de más capacidad que aún quedaban. Apiñadas allí las madres con sus enfermos y sus niños, presentaban el cuadro más lastimoso que pueda darse. Y, sin embargo, la soldadexca desenfrenada se dirije tambien á aquellas dos casas, para robar á las familias la honra.

El llanto de las criaturas, los ruegos de las madres y aún las lágrimas del anciano cura de Concordia, señor Soto de la Paz, fueron ahogadas entre la grito escandalosa y obscena de aquellas chusmas napoleónicas.

En aquellos momentos, sin embargo, no habiendo hombres que contuvieran con las armas los desmanes inauditos de aquellas turbas, con el valor característico de nuestro bello sexo mexicano, una respetable matrona, la señora doña Concepción Valdéz, á quien habían puesto tormento con el fin de que les entregase dinero, llena de in-

dignación se dirige á los franceses para echarles en cara el oprobio de tanta maldad, como la que estaban consumando.

“Con que esta es, les dice, la civilización que vosotros traéis á nuestros pueblos.—Ya vemos que el incendio, el robo y el asesinato es vuestro oficio: sois tan miserables como cobardes: Escribid á vuestro país, á vuestro gobierno, estas hazañas para que os las premien, pues que esas cruces y medallas que lleváis al pecho todos vosotros, no no pueden ser otra cosa que el recuerdo de otros tantos crímenes, y tan atroces como los que á este país habeis venido á cometer.—¡Malvados! La justicia de Dios y de nuestros hombres, que no están lejos, pronto os castigarán.”

Los franceses, como confundidos con las tronantes palabras de nuestra heroína, dejaron aquel lugar, y pocas horas después salieron de la población, cuyas casas eran devoradas por las llamas. Siguió después el incendio de las otras poblaciones, á que precedió el robo y el asesinato.

Nada raro tiene esta conducta criminal del general Castagny, como nada raro tiene tampoco el rasgo heroico de Concha Valdez. Los franceses se habían acreditado ya por sus crímenes, y la mujer mexicana tiene brillantes antecedentes de su valor y grandeza. No fue Concha Valdez la única que en Sinaloa emuló la gloria de la Corregidora y de Leona Vicario, pues antes, en la época in-

mortal de la reforma, brilló por su valor, por su entusiasmo y por su constancia para defender la causa constitucionalista, otra mujer cuyo nombre debe recojer la historia, *Procopia Valdez*, que como Concha tuvo rasgos nobilísimos y que cooperó eficazmente al triunfo de los principios liberales. No diremos una palabra sobre Agustina Ramírez, que sacrificó á su esposo y doce hijos en aras de la patria, por que en las páginas que siguen debemos dedicarle capítulo especial.

Pero si la heroína de Concordia merece un aplauso de la posteridad por su enérgica y noble conducta, el general Castagny no puede merecer sino un anatema de la historia. Véase, al efecto, como juzgaba sus procedimientos un escritor francés, contemporáneo suyo y ligado naturalmente por los vínculos de la nacionalidad.

El incendio de una ciudad entera, hé aquí la sentencia de que hablaba. Hé aquí como contestaba en México el general Castagny á los hombres que defendían su independencia. El refugio de las mujeres, el de los niños, de los ancianos, todo era devastado, destruido por las llamas. El fuego alumbraba el país y á la claridad de este fuego redactaba su horrible proclama.

“¡Ah! En el año de 1815, pues es preciso que volvamos á esa época desgraciada, cuando M. Whitebread, en la cámara de los comunes, tuvo el valor de protestar contra la política del gobierno inglés con respecto á la Francia, de la misma manera que ha protestado Mr. Jules Favre con-

tra la política del segundo imperio hacia México, lord Castlereagh no hizo como M. Rouher! No manchó á los defensores del imperio con el epíteto de bandidos, aunque tenía entonces en sus manos la declaración del 13 de marzo por la cual los soberanos aliados habían puesto al primer Bonaparte fuera del derecho común; no echó en cara al esforzado miembro de la oposición la acusación de insultar á la Inglaterra y al ejército inglés, sino que se contentó con responder con expresiones generales en las cuales se reconocía, á lo sumo, la tradición del conde Chatan y de su hijo. (1) Se ha necesitado bajar hasta nuestros días para presenciar tal espectáculo, y oír manchar en la tribuna del cuerpo legislativo todo lo que la conducta de nuestros padres, tan digna y heroica durante las dos invasiones, nos había enseñado á respetar en los otros pueblos.

¿Qué hubieran podido decir después de esto M. Rouher y su mayoría, si estos bandidos, como afectaban llamar á los liberales, aplicando á su vez la ley terrible de las represalias, hubiesen contestado al incendio de Concordia haciendo fusilar al comandante del *Lucifer* y á sus 98 compañeros de cautividad?—Nada ciertamente, pues esta ley se hallaba en la naturaleza de la situación. Pero, este gran ministro sabía que no tenían nada que te-

(1) The parliamentary debates from the year 1803 to the present times, etc. . . Vol. XXX, p. 230.

mer los prisioneros franceses. En el momento en que derramaba sobre los liberales el veneno de su ruidosa elocuencia, sabía, necesitó repetirlo muy alto, que el general Negrete, ministro de la guerra del Sr. Juárez, en una nota del 7 de enero de 1865, había mandado al coronel D. Antonio Rosales, de orden del presidente, *tratar á los prisioneros franceses con humanidad, á fin de dar un ejemplo más de la civilización del país, y descansando en la palabra de estos supuestos bandidos, no había temido mostrarse implacable hasta el extremo.*"



BIBLIOTECA ALFONSO